



LECTIO DIVINA

XXVII Semana del tiempo ordinario
Del 06 al 12 octubre de 2024



«En el centro de Reino, tu sencillez»

Oración introductoria

Espíritu Santo, ven y dame tu paz. Ayúdame a encontrarme con Jesús. Él quiere que yo sea una persona alegre y que viva este día en plenitud.

Te dejo todas mis preocupaciones y te pido que me ayudes a tomar buenas decisiones en todo lo que tenga que hacer hoy.

Ayúdame a confiar, a escuchar lo que Jesús me quiere decir hoy en el Evangelio y a poner en práctica lo que Tú me pidas.

Petición

Señor, aumenta mi fe para que nunca tenga una actitud farisaica o altanera en mi oración

Lectura del libro del Génesis (Gen. 2, 18-24)

El Señor Dios se dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle alguien como él que le ayude». Entonces el Señor Dios modeló de la tierra todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo y se los presentó a Adán, para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que Adán le pusiera. Así Adán puso nombre a todos los ganados, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo; pero no encontraba ninguno como él que lo ayudase. Entonces el Señor Dios hizo caer un letargo sobre Adán, que se durmió; le sacó una costilla, y le cerró el sitio con carne. Y el Señor Dios formó, de la costilla que había sacado de Adán, una mujer, y se la presentó a Adán.

Adán dijo: «¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será “mujer”, porque ha salido del varón». Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne.

Salmo (Sal 127, 1-2.3. 4-5. 6)

Que el Señor nos bendiga todos los días de nuestra vida.

Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. R.

Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. R.

Esta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida. R.

Que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel! R.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 2, 9-11)

Hermanos: Al que Dios había hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Pues, por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos. El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Convenía que aquel, para quien, y por quien existe todo, llevará muchos hijos a la gloria perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 10, 2-16)

En aquel tiempo, acercándose unos fariseos, preguntaban a Jesús para ponerlo a prueba: «¿Le es lícito al hombre repudiar a su mujer?» Él les replicó: «¿Qué os ha mandado Moisés?». Contestaron: «Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla». Jesús les dijo: «Por la dureza de vuestro corazón dejó escrito Moisés este precepto. Pero al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo. Él les dijo: «Si uno se repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera. Y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio». Acercaban a Jesús niños para que los tocara, pero los discípulos los regañaban. Al verlo, Jesús se enfadó y les dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios. En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él». Y tomándolos en brazos los bendecía imponiéndoles las manos.

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Homilia del 12 de Octubre de 1980

"Ellos ya no son dos; no son más que uno"

"Lo que Dios ha unido, el hombre no lo debe separar" Esta expresión "contiene la grandeza esencial del matrimonio y al mismo tiempo la intensidad moral de la familia" Nos deseamos hoy esa magnitud y esa dignidad para los todos los esposos del mundo; deseamos esa intensidad sacramental e integridad moral para todas

las familias. ¡Y lo pedimos para el bien del hombre! Por el bien de cada hombre. El hombre debería llegar a la vida sólo a través de la familia. Y la familia debe ubicarse en las bases mismas de todo esfuerzo a fin de que nuestro mundo humano sea para siempre más humano. La persona no puede escapar a estas solicitudes: ninguna sociedad, ningún pueblo, ningún sistema; ni el Estado, ni la Iglesia, ni el mismo individuo.

El amor, que une a un hombre con una mujer como esposos, es al mismo tiempo don y mandato... el amor es don: "el amor procede de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios" (1Jn 4,7) Y al mismo tiempo el amor es un mandamiento, el más grande amor..."Amarás" (Mt. 22,37-39). Obedecer al mandamiento del amor nos llevará a realizar todas las obligaciones de la familia cristiana. A fin de cuentas, todas se reducen a estas: la fidelidad y la honestidad conyugal, la paternidad responsable y la educación. La "pequeña iglesia"-la Iglesia doméstica-indica que la familia vive en el espíritu del mandamiento del amor: su verdad interior, su esfuerzo cotidiano, su belleza espiritual y su fuerza...Si Dios es el amor Él es accesible. Si nosotros destruimos esta estructura inseparable, donde habla el mandamiento de Cristo, entonces el amor del hombre se separará de sus raíces más profundas, perderá sus raíces de plenitud y de verdad, que son esenciales. Imploramos en favor de todas las familias cristianas, de todas las familias del mundo, para que les sea concedido esta plenitud y verdad en el amor, esa que evoca el mandamiento de Cristo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Por lo tanto, los niños son en sí mismos una riqueza para la humanidad y también para la Iglesia, porque nos remiten constantemente a la condición necesaria para entrar en el reino de

Dios: la de no considerarnos autosuficientes, sino necesitados de ayuda, amor y perdón. Y todos necesitamos ayuda, amor y perdón.

Los niños nos recuerdan otra cosa hermosa, nos recuerdan que somos siempre hijos: incluso cuando se llega a la edad de adulto, o anciano, también si se convierte en padre, si ocupa un sitio de responsabilidad, por debajo de todo esto permanece la identidad de hijo. Todos somos hijos. Y esto nos reconduce siempre al hecho de que la vida no nos la hemos dado nosotros mismos, sino que la hemos recibido. El gran don de la vida es el primer regalo que nos ha sido dado. A veces corremos el riesgo de vivir olvidándonos de esto, como si fuésemos nosotros los dueños de nuestra existencia y, en cambio, somos radicalmente dependientes. En realidad, es motivo de gran alegría sentir que, en cada edad de la vida, en cada situación, en cada condición social, somos y permanecemos hijos. Este es el principal mensaje que nos dan los niños con su presencia misma: sólo con ella nos recuerdan que todos nosotros y cada uno de nosotros somos hijos» *(S.S. Francisco, Angelus, 18 de marzo de 2015).*

Meditación

¿Qué es lo que tenemos que aprender de los niños para entrar en el Reino de los cielos? La confianza que tienen a sus padres y son capaces de dormir profundamente en sus brazos en medio de lugares con ruido. El asombro de experimentar las cosas sencillas de la vida, como correr en la lluvia, comer un dulce, jugar con juguetes, patear un balón, bailar, nadar y escuchar música o historias. Vivir sin poner seguridades absolutas en nosotros mismos, sino en Dios Padre que nos dará todo lo que realmente necesitamos. La curiosidad de hacer preguntas y así profundizar en nuestra fe. Dejarnos amar por el Padre como ellos se dejan amar por sus padres.

¡Tantas lecciones que podemos aprender de los niños! Y es obvio que no se trata aquí de ser infantiles, ingenuos o fantasiosos, más bien es confiar plenamente en la Providencia divina, así como un niño confía plenamente en sus papás. Abandonemos, pues, nuestras preocupaciones excesivas y confiemos más en Dios. Pongamos todo lo que esté de nuestra parte y confiemos. En su momento, a su modo, Dios siempre responde.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

LUNES, 07 DE OCTUBRE DE 2024
VIRGEN MARÍA DEL ROSARIO (MO)

El Buen Samaritano que nos encontró en el camino

Oración introductoria

Jesús, gracias porque yo soy ese Samaritano que te encontraste en el camino. Ayúdame a saberme amado por ti. Sé que soy tu hijo amado, que me has encontrado en el camino, y con amor me curas. Ayúdame a entrar en este tiempo de oración con un corazón agradecido.

Petición

Señor, concédeme un corazón grande para ayudar a todos, en todo momento.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas (Gál. 1. 6-12)

Hermanos: Me maravilla que hayáis abandonado tan pronto al que os llamó por la gracia de Cristo, y os hayáis pasado a otro evangelio. No es que haya otro evangelio; lo que pasa es que algunos os están turbando y quieren deformar el Evangelio de Cristo. Pues bien, aunque nosotros o un ángel del cielo os predicara un evangelio distinto del que os hemos predicado, ¡sea anatema! Lo he dicho y lo repito: Si alguien os anuncia un evangelio diferente del que recibisteis, ¡sea anatema! Cuando digo esto, ¿busco la aprobación de los hombres, o la de Dios?; ¿lo trato de agradar a los hombres? Si siguiera todavía agradando a los hombres, no sería siervo de Cristo. Os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es de origen humano; pues yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo.

Salmo (Sal 110, 1b-2. 7-8. 9 y 10c)

El Señor recuerda siempre su alianza.

Doy gracias al Señor de todo corazón, en compañía de los rectos, en la asamblea. Grandes son las obras del Señor, dignas de estudio para los que las aman. R.

Justicia y verdad son las obras de sus manos, todos sus preceptos merecen confianza: son estables para siempre jamás, se han de cumplir con verdad y rectitud. R.

Envió la redención a su pueblo, ratificó para siempre su alianza, su nombre es sagrado y temible. La alabanza del Señor dura por siempre. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 10, 25-37)

En aquel tiempo, se levantó un maestro de la ley y preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y “a tu prójimo como a ti mismo”». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la Ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: - «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: - «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: - «Anda, haz tú lo mismo».

Releemos el evangelio

San Nersés Shnorhalí (1102-1173)

patriarca armenio

Jesús Hijo Único del Padre, II (SC 203. Jésus Fils Unique du Père, Cerf, 1973), trad. sc@evangelizo.org

¡Con el remedio de Vida del Espíritu, sáname!

Desde Jerusalén, nuestro Paraíso, Culpable como Adán, Descendí hasta la vil Jericó, Caí en manos del Bandido.

Me despojaron de la luz, Cubrieron mi alma de las heridas del pecado, Partieron dejándome medio muerto, Pero después de la muerte, me dan la guerra todavía.

Moisés el Levita, Aarón el antiguo Sacerdote, La nación del Gran Patriarca, Los Profetas de la antigua Ley,

Vieron las heridas de mis sufrimientos incurables, Las terribles heridas, Vinieron con el remedio de palabras solamente, Y no pudieron curarlas.

A ti que llamaban Samaritano, Los que no tienen pudor entre el pueblo judío, Mostraré los sufrimientos de mi alma, A tus ojos divinos que la ven.

Ten piedad de mí como tuviste piedad de Adán, Pone el remedio sobre la herida profunda de mi alma, Recúbrela con mi vestimenta primera, De la que me despojaron los bandidos.

Versa sobre el aceite y el vino, El remedio de vida del Espíritu de lo Alto, Dando de nuevo el Espíritu de la unción, Y la copa de la Nueva Alianza.

Llévame sobre la montura de la Cruz, Hasta el albergue, a la Iglesia, Confíame al Gran Sacerdote, Que ofrece su Cuerpo en sacrificio.

Da, en vez de los dos denarios, La Palabra del Antiguo y del Nuevo Testamento, Para curar con ella mi alma, Tal como por el pan vivirá el cuerpo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y aquí la parábola nos da una primera enseñanza: no es automático que quien frecuenta la casa de Dios y conoce su misericordia sepa amar al prójimo. ¡No es automático! Puedes conocer toda la Biblia, puedes conocer todas las rúbricas litúrgicas, puedes aprender toda la teología, pero de conocer no es automático el amar: amar tiene otro camino, es necesaria la inteligencia, pero también algo más... El sacerdote y el levita ven, pero ignoran; miran, pero no proveen. Sin embargo, no existe un verdadero culto si no se traduce en servicio al prójimo. No olvidemos nunca: frente al sufrimiento de mucha gente agotada por el hambre, la violencia y las injusticias, no podemos permanecer como espectadores. Ignorar el sufrimiento del hombre, ¿qué significa? ¡Significa ignorar a Dios! Si yo no me acerco a ese hombre, a esa mujer, a ese niño, a ese anciano o a esa anciana que sufre, no me acerco a Dios» (*Catequesis de S.S. Francisco, 27 de abril de 2016*).

Meditación

Jesús nos pide amar a nuestro prójimo, misión difícil para cualquier ser humano que se lo tome en serio. Este es un mandato que nos sobrepasa, pero Jesús está ahí para ayudarnos, sin Él es imposible amar al prójimo como Él quiere que amemos; pero con Él todo es posible. Podemos aprender, poco a poco y con nuestras limitaciones,

a amar al prójimo porque Jesús nos ha enseñado cómo se debe amar. Antes de pedirnos ser buenos samaritanos, Él ha demostrado en nuestras vidas lo que es ser uno. Leamos el texto, pero esta vez pongámonos en el lugar del hombre herido y veamos, incluso sintamos, todo lo que Jesús hace por nosotros.

Pidamos a Dios que experimentemos su misericordia para así poder ser misericordiosos y compasivos. Recordemos que nadie da lo que no tiene. Y para ser buenos samaritanos, necesitamos hacer la experiencia del Buen Samaritano. Busquemos esa experiencia en el trato con los demás, seamos esos samaritanos que salen al encuentro, que ofrecen apoyo, que rezan por los demás, que ofrecen tiempo de calidad a los suyos.

Oración final

Doy gracias a Yahvé de todo corazón,
en la reunión de los justos y en la comunidad.
Grandes son las obras de Yahvé,
meditadas por todos que las aman. (Sal 111,1-2)

MARTES, 08 DE OCTUBRE DE 2024

Contemplativos y evangelizadores

Oración introductoria

Señor Jesús, me pongo en tu presencia para poder encontrarte en este momento de oración. Quiero ser irradiado por tu luz para llevarla a los demás, pues sé que solo contigo puedo transformar mi vida y dar testimonio como hijo del Padre.

Petición

Señor, ayúdame a escoger la mejor parte en estos momentos de reflexión donde escucho Tu Palabra y quieres dejar tu mensaje en mí.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas (Gal. 1, 13-24)

Hermanos: Habéis oído hablar de mi pasada conducta en el judaísmo: con qué saña perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba, y aventajaba en el judaísmo a muchos de mi edad y de mi raza como defensor muy celoso de las tradiciones de mis antepasados. Pero, cuando aquel que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, se dignó revelar a su Hijo en mí para que lo anunciara entre los gentiles, no consulté con hombres ni subí a Jerusalén a ver a los apóstoles anteriores a mí, sino que, enseguida, me fui a Arabia, y volví a Damasco. Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefas, y permanecí quince días con él. De los otros apóstoles no vi a ninguno, sino a Santiago, el hermano del Señor. Dios es testigo de que no miento en lo que os escribo. Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia. Personalmente yo era un desconocido para las iglesias de Cristo que hay en Judea; sólo habían oído decir que el que antes lo perseguía anuncia ahora la fe que antes intentaba destruir; y glorificaban a Dios por causa mía.

Salmo (Sal 138, 1-3. 13-14ab. 14c-15)

Guíame, Señor, por el camino eterno.

Señor, tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares. R.

Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente, porque son admirables tus obras. R.

Mi alma lo reconoce agradecida, no desconocías mis huesos. Cuando, en lo oculto, me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 10, 38-42)

En aquel tiempo, entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Esta tenía una hermana llamada María, que, sentada junto a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta, en cambio, andaba muy afanada con los muchos servicios; hasta que, acercándose, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile que me eche una mano». Respondiendo, le dijo el Señor: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; sólo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón 103 (Sainte Marie Madeleine Textes, Prières, Miracles, Bénédictines, 2017), trad. sc@evangelizo.org

“María eligió la mejor parte” (Lc 19,42)

Las palabras de Jesucristo Nuestro Señor que leemos en el Evangelio, nos recuerdan que existe una misteriosa unidad hacia la que debemos tender, mientras nos fatigamos en medio de la multiplicidad que presenta este siglo. Caminando y antes de reposar, debemos tender durante el camino, no habiendo todavía llegado a la

patria. Época aún de deseos y no tiempo de gozos. Tendamos, sin embargo, pero tendamos sin dejadez, sin interrupciones, de forma de poder finalmente llegar. (...)

Para preparar una comida al Salvador, Marta se ocupaba de numerosos cuidados. María, su hermana prefería ser alimentada por él, así que dejó a Marta las ocupaciones múltiples del servicio. En cuanto a María, se sentó a los pies del Señor y escuchaba tranquilamente su palabra. Dócil y fiel, había escuchado este versículo: “Ríndanse y reconozcan que yo soy Dios” (Sal 46, 11). Una de las dos hermanas se agitaba y la otra sólo visaba una cosa. (...)

¿Qué dijo el Señor a Marta? “María eligió la mejor parte”. La tuya no es mala, pero la suya es mejor. ¿Por qué mejor? “Porque no le será quitada” (Lc 10,42). Te quitarán un día toda carga por el servicio de otros, en cambio las delicias de la Verdad son eternas. No le quitarán la elección que ha hecho, no se la quitarán, sino que agregarán. Se agrega en esta vida, en la otra vida será la plenitud y jamás le será quitada.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Tal vez Marta era la mayor de las dos hermanas, no lo sabemos, pero ciertamente aquella mujer tenía el carisma de la hospitalidad. Efectivamente, mientras María escucha a Jesús, ella está totalmente ocupada con otros quehaceres. Por eso, Jesús le dice: «Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas».

Con estas palabras, ciertamente no pretende condenar la actitud del servicio, sino más bien la ansiedad con la que a veces se vive. También nosotros compartimos las preocupaciones de santa Marta y, siguiendo su ejemplo, nos proponemos asegurarnos de que, en nuestras familias y en nuestras comunidades, vivamos el sentido de

aceptación, de fraternidad, para que todos puedan sentirse “como en casa”, especialmente los pequeños y los pobres cuando llaman a la puerta». (S.S. Francisco, *Ángelus del 21 de julio de 2019*).

Meditación

En este evangelio, el Señor Jesús nos demuestra la importancia de tener un encuentro con Él, de pasar tiempo delante de las cosas divinas, como son la Eucaristía, las Escrituras, los momentos de oración, retiros, etc.

Es en el silencio donde el Señor habla a nuestro corazón. Jesús sabía que ese era el mejor momento para encontrarse con el Padre, pues es como tantas veces se narra en los Evangelios de sus largos y muchos ratos de oración en los montes y el desierto. Pero, tal vez nos preguntemos cómo puede ser que yo viva esa relación y silencio en mi vida, pues al igual que Marta en el Evangelio tengo que hacer muchas cosas (trabajo, cuidar a los niños, compras, etc.). Pues bien, esto en nuestras vidas del día a día, se transforma en amar nuestro obrar y quehaceres, para así, llevar a todas las personas que nos encontramos el amor de Jesús.

Oración final

Tú me escutas, Yahvé, y me conoces;
sabes cuándo me siento y me levanto,
mi pensamiento percibes desde lejos;
de camino o acostado, tú lo adviertes,
familiares te son todas mis sendas. (Sal 139,1-3)

Oración introductoria

Buen día Señor. Reconozco que estas aquí. Admito que Tú eres el Todopoderoso, Rey del Universo. Acepto Tú redención en mi vida, en la vida de mi familia, en la humanidad.

Confío plenamente en Tú Amor. Ayúdame a entrar en tu presencia; sé que estás aquí y sé que me darás la gracia de poderte escuchar mejor hoy.

Quiero formar en mí la firme convicción de seguirte, amarte e identificarme más plenamente con Tú Hijo Jesucristo.

Petición

Padre nuestro, que estás en el cielo, te pido que vengas a mi corazón.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas (Gal. 2, 1-2. 7-14)

Hermanos: Transcurridos catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Subí por una revelación. Y les expuse el Evangelio que predico entre los gentiles, aunque en privado, a los más cualificados, no fuera que caminara o hubiera caminado en vano. Todo lo contrario, vieron que se me ha encomendado anunciar el Evangelio a los incircuncisos, lo mismo que a Pedro a los circuncisos, pues el mismo que capacita a Pedro para su misión entre los judíos, me capacita a mí para la mía entre los gentiles; además, reconociendo la gracia que me ha sido otorgada, Santiago, Cefas y Juan,

considerados como columnas, nos dieron la mano en señal de comunión a Bernabé y a mí, de modo que nosotros no dirigiéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos. Solo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, lo cual he procurado cumplir. Ahora bien, cuando llegó Cefas a Antioquía, tuve que encararme con él, porque era reprehensible. En efecto, antes de que llegaran algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; pero cuando llegaron aquéllos, se fue retirando y apartando por miedo a los de la circuncisión. Los demás judíos comenzaron a simular con él, hasta el punto de que incluso Bernabé se vio arrastrado a su simulación. Pero cuando vi que no se comportaban correctamente, según la verdad del Evangelio, le dije a Pedro delante de todos: «Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como los judíos, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizar?».

Salmo (Sal 116, 1. 2)

Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.

Alabad al Señor, todas las naciones, aclamadlo, todos los pueblos. R.

Firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre.
R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 1-4)

Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos». Él les dijo: «Cuando oréis decid: “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en la tentación”».

Releemos el evangelio

Beato María-Eugenio del Niño Jesús (1894-1967)

carmelita, fundador de Nuestra Señora de Vida

Quiero ver a Dios, Primeras oraciones (Je veux voir Dieu, éd. du Carmel, 1949),

trad. sc@evangelizo.org

Quando recen, digan “Padre Nuestro...” (Lc 11,2)

Debutantes con el alma ardiente y generosa, llenos de grandes deseos (...) en el seguimiento de Cristo: he aquí los apóstoles en el comienzo de la vida pública. Vieron a su Maestro sumergido largas horas en oración silenciosa, completamente absorbido por ella. Quisieran poder imitar su actitud, seguir al Maestro hasta esas profundidades apacibles y misteriosas.

Releamos la escena evangélica. “Un día, Jesús estaba orando en cierto lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a rezar, así como Juan enseñó a sus discípulos”. Él les dijo entonces: “Cuando recen, digan: Padre, santificado sea tu Nombre...” (Lc 11,1-2). Preguntaban sobre la ciencia de la oración y Jesús les enseña una oración vocal. Pero ¡qué oración vocal! Sencilla y sublime que en fórmulas concisas precisa la actitud filial del cristiano delante de Dios enumera los votos y preguntas que debe presentarle. El Padre Nuestro es la oración perfecta que la Iglesia pone sobre los labios en el instante más solemne del sacrificio. Es la oración de los pequeños que no saben nada más, la oración de los santos que recitan las plegarias más plenas. (...) Frecuentemente, entonces, en las diversas etapas de la vida espiritual que podemos estar, en los más diversos estados de fervor o sequedad, para aprender a rezar, humildemente, reposadamente, recitemos el Padre Nuestro. Es la oración que Jesús ha compuesto para nosotros. Enseñándonos el Padre Nuestro, Jesús ha consagrado la excelencia de esta oración vocal.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús vio la ternura de Dios en José: “Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen” (Sal 103,13) ... La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad». (*S.S. Francisco, Carta Patris Corde*).

Meditación

Una de las tareas favoritas de todo padre es enseñar a sus hijos. Papá quiere enseñarnos a manejar, a cuidar nuestros gastos, a elegir la profesión adecuada, etc. A veces aceptamos forzosamente su ayuda, pues no nos queda de otra, papá es papá. Ahora, son los hijos los que le piden al Señor que les enseñe, y que les enseñe como rezar, como encontrarse con el Dios Todopoderoso: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta” (Jn 14, 8). La pregunta de los discípulos es la exigencia más legítima de todas: “Señor, todo maestro ha enseñado a sus discípulos a orar. Ahora, enséñanos Tú” ¿Qué habrán visto en Cristo los discípulos para que ellos le pidieran su “método” para dirigirse a Dios? ¡Con qué amor habrá extendido Jesús sus brazos al rezar los salmos, con qué gusto se habrá apartado del ruido cotidiano para tener un momento a solas con Su Padre, con qué vigor habrá regresado con sus apóstoles al terminar sus momentos de oración!

La oración es un momento de exclusividad con el Señor. Nada es más importante que el Señor. Cuando tomamos un tiempo para entrar en oración nuestro corazón debe cerrar sus ventanas, es decir, detenernos y poner todo lo que habita en nosotros a disposición del Señor: preocupaciones, deseos, oportunidades, proyectos...

Los apóstoles han visto la mirada de Cristo tras un momento de oración. Ellos saben que en Él habita algo particular. Jesús refleja en ellos una paz y un rostro de amor inefable. Y Jesús, les da la respuesta: “Tan sólo digan Padre nuestro”. Palabras que nos trasladan a la última cena: “¿No crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí?” Jesús enseña a sus predilectos el cariño, la cercanía y el abandono con el que hay que dirigirse al Señor: *Abba*, papá.

El reconocimiento de la paternidad del Señor y las súplicas por nuestras necesidades básicas que encontramos en el Padre Nuestro nos tornan la mirada al cielo, y recíprocamente el cielo imprime en nosotros su mirada: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”. Padre, por favor, muéstrame tu mirada, más aún enséñame a reconocer tu mirada de amor en mi vida, tu acción continua, y tu predilección como hijo amado tuyo.

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. (Sal 117,1-2)

Oración introductoria

Señor, enséñame a verte como a un Padre que me ama y que me cuida. Ayúdame a ser humilde para pedirte siempre lo que necesito, con la confianza de un hijo.

Petición

Señor, dame las gracias que más necesito para mi santificación.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas (Gal. 3, 1-5)

¡Oh insensatos Gálatas! ¿Quién os ha fascinado a vosotros, a cuyos ojos se presentó a Cristo crucificado? Solo quiero que me contestéis a esto: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por haber escuchado con fe? ¿Tan insensatos sois? ¿Empezasteis por el espíritu para terminar con la carne? ¿Habéis vivido en vano tantas experiencias? Y si fuera en vano... Vamos a ver: el que os concede el Espíritu y obra prodigios entre vosotros, ¿lo hace por las obras o por haber escuchado con fe?

Salmo (Lc 1, 69-70. 71-72. 73-75)

Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado a su pueblo.

Suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo, según lo había predicho desde antiguo por boca de sus santos profetas. R.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; realizando “la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza”. R.

Y “el juramento que juró a nuestro padre Abrahán” para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 5-13)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos: «Suponed que alguno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle”; y, desde dentro, aquel le responde: “No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos”; os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Pues yo os digo a vosotros: pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le dará una serpiente en lugar del pez? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?».

Releemos el evangelio

San Nersés Shnorhalí (1102-1173)

patriarca armenio

Jesús Hijo Único del Padre, II (SC 203. Jésus Fils Unique du Père, Cerf, 1973), trad. sc@evangelizo.org

¡Nada tengo, reciba lo que pido!

Antes de la llegada del amigo Que reclamará mi alma, Él, que es celestial entre los seres celestiales, Y que me conducirá al cielo,

Él, que es tu amigo, bueno por naturaleza, Y que he rechazado, por aceptar al malvado, Al umbral de luz de tu aurora, Yo llego con un alma tenebrosa.

Dame, en lugar de tres panes Confesar a tu Trinidad de Personas, Y tu Cuerpo celestial, Por la gracia de haber conocido a las tres Hipostasias.

Entre las buenas acciones Para poner delante del amigo del bien, Sólo tengo la fe en tu gracia Y el último viático de vida.

Contra mí, suplicante inoportuno No pretextes que las puertas están cerradas, O que los niños están en su lecho, Y las almas inocentes se reposan.

No digas que es imposible Porque significaría que no quieres Ya que si lo quieres absolutamente Es algo que se realiza para el bien.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Tener fe quiere decir, en medio de la tempestad, tener el corazón dirigido a Dios, a su amor, a su ternura de Padre. Jesús quería

enseñar esto a Pedro y a los discípulos, y también hoy a nosotros. En los momentos oscuros, en los momentos de tristeza, Él sabe bien que nuestra fe es pobre -todos nosotros somos gente de poca fe, todos nosotros, yo también, todos- y que nuestro camino puede ser perturbado, bloqueado por fuerzas adversas. ¡Pero Él es el Resucitado! No olvidemos esto: Él es el Señor que ha atravesado la muerte para ponernos a salvo. Incluso antes de que nosotros empecemos a buscarlo, Él está presente junto a nosotros. Y levantándonos de nuestras caídas, nos hace crecer en la fe. Quizá nosotros, en la oscuridad, gritamos: “¡Señor! ¡Señor!”, pensando que está lejos. Y Él dice: “¡Estoy aquí!”. ¡Ah, estaba conmigo! Así es el Señor». (S.S. Francisco, Angelus, 9 de agosto de 2020).

Meditación

¿Ya pasaste por algún momento de necesidad en tu vida? Bien sea para pasar un examen de la escuela o arreglar algo que ya no funciona. Necesitaste llegar a una cosa que es obvia para todos excepto para ti: que no puedes hacerlo todo, que necesitas ayuda. Pero cuantas veces no reconocemos nuestra incapacidad por miedo a lo que los otros puedan pensar. Preferimos sufrir a “humillarnos”. ¿Pasa esto también en la vida espiritual?

¡Sí! Cuántas veces vemos lo difícil que es hacer la voluntad de Dios, cumplir sus mandamientos; y, en lugar de pedir ayuda al Dios todopoderoso, nos frustramos y desistimos de la oración o de la práctica de las virtudes cristianas. Jesús nos enseñó todo lo que necesitamos para perseverar en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

“Si alguno de vosotros tiene un amigo...”. Tenemos confianza de pedir cosas a un amigo porque sabemos que tendremos mejores

oportunidades de recibir de él lo que necesitamos. Pero él no está obligado a satisfacer nuestro pedido.

Un padre de familia, a su vez, no puede cerrar sus oídos a las súplicas de sus hijos o darles algo nocivo. Eso sería algo contra su naturaleza de padre. Cristo nos revela la imagen de Dios que es Amigo y Padre. Un Amigo en quien podemos confiar totalmente y un Padre que nos ama infinitamente y no nos puede dar nada que nos aleje de Él o sea nocivo para nuestra alma. Ese Padre ya sabe lo que necesitamos, pero quiere ardientemente que reconozcamos nuestra incapacidad y le pidamos lo que nos hace falta.

Teniendo todo eso en mente, preguntémonos: ¿Cómo es mi relación con Dios Padre? ¿Soy humilde para reconocer que sin Dios no soy ni puedo hacer nada? ¿Veo que todo lo que es bueno en mi vida viene de Dios y no solamente de mis esfuerzos? ¿Soy capaz de decir a Dios cuáles son mis necesidades, consciente de que Él me dará todas las cosas que necesito?

Si tú eres un amigo necesitado o un hijo hambriento, acuérdate: “Pedid y se os dará, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre”.

Oración final

Doy gracias a Yahvé de todo corazón,
en la reunión de los justos y en la comunidad.
Grandes son las obras de Yahvé,
meditadas por todos que las aman. (Sal 111,1-2)

Oración introductoria

Me pongo en tu presencia, Señor, para que bendigas mi día. Bendice a mi familia, a todos mis seres queridos, a mis amigos. Bendice también a quienes de algún modo me han hecho sentir mal.

Que no guarde rencores en mi corazón, sino que sea siempre libre para amar sin medida. Con el Espíritu Santo esto es posible. Me pongo en tus manos, Señor.

Petición

María, cuídame de todo mal y alejarme del pecado. Ayúdame a cuidar los bienes espirituales como el mayor tesoro.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas (Gal. 3, 7-14)

Hermanos: Reconoced que hijos de Abrahán son los de fe. En efecto, la Escritura, previendo que Dios justificaría a los gentiles por la fe, le adelantó a Abrahán la buena noticia de que: «por ti serán benditas todas las naciones». Así pues, los que viven de la fe son bendecidos con Abrahán el fiel. En cambio, cuantos viven de las obras de la ley están bajo maldición, porque está escrito: «Maldito quien no se mantenga en todo lo escrito en el libro de la ley, cumpliéndolo». Que en el ámbito a la ley nadie es justificado resulta evidente, pues «el justo por la fe vivirá»; en cambio, la ley no procede de la fe, sino que «quien los cumpla vivirá por ellos». Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros maldición, porque está escrito: «Maldito

todo el que cuelga de un madero»; y esto, para que la bendición de Abrahán alcanzase a los gentiles, en Cristo Jesús, y para que recibiéramos por la fe la promesa del Espíritu.

Salmo (Sal 110, 1b-2. 3-4. 5-6)

El Señor recuerda siempre su alianza.

Doy gracias al Señor de todo corazón, en compañía de los rectos, en la asamblea. Grandes son las obras del Señor, dignas de estudio para los que las aman. R.

Esplendor y belleza son su obra, su justicia dura por siempre. Ha hecho maravillas memorables, el Señor es piadoso y clemente. R.

Él da alimento a sus fieles, recordando siempre su alianza. Mostró a su pueblo la fuerza de su obrar, dándoles la heredad de los gentiles. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 15-26)

En aquel tiempo, habiendo expulsado Jesús a un demonio, algunos de entre la multitud dijeron: «Por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios echa los demonios». Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, conociendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo va a la ruina y cae casa sobre casa. Si, pues, también Satanás se ha dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su reino? Pues vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú. Pero, si yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes

están seguros, pero, cuando otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte su botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama. Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, da vueltas por lugares buscando un sitio para descansar; pero, como no lo encuentra, dice: “Volveré a mi casa de donde salí.” Al volver, se la encuentra barrida y arreglada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y se mete a vivir allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que el principio».

Releemos el evangelio

Santa Catalina de Siena (1347-1380)

terciaria dominica, doctora de la Iglesia, copatrona de Europa

Diálogo, El don de lágrimas (Le don des larmes. Le dialogue, Téqui, 1976), trad. sc@evangelizo.org

El alma unida a Dios resiste todo

[Santa Catalina escuchó a Dios decirle:] Es verdad que el demonio nunca duerme. Esto es una lección para esos negligentes de los que él se abusa y que emplean en dormir un tiempo del que podrían tirar tanto beneficio. Pero a las almas perfectas el velar del demonio no las puede dañar, porque él no puede soportar el ardor de su caridad ni la fragancia de la unión que ellas tienen conmigo, el Océano de paz.

En tanto que permanece unida a mí, al alma no puede ser engañada y el demonio huye de ella como un insecto de la marmita que hierve sobre el fuego, por temor a quemarse. Pero si la marmita estuviera tibia, el insecto no tendría más miedo y caería adentro, aunque saldría rápido porque la encuentra más caliente de lo que imaginaba. Así es para el alma que todavía no ha llegado a un cierto estado de perfección. El demonio creyéndola tibia, penetra en ella

con tentaciones variadas y múltiples. Pero encuentra que esta alma se está conociendo a sí misma y concibiendo dolor y arrepentimiento por sus faltas. Ella resiste al ataque. Porque no consiente y mantiene su voluntad en odiar al pecado y amar la virtud.

¡Qué se alegre el alma que prueba esos numerosos asaltos! ¡Es una vía que conduce un delicioso y glorioso estado!

Palabras del Santo Padre Francisco

«La unidad puede llegar solo como fruto de la oración. Los esfuerzos diplomáticos y los diálogos académicos no bastan. Jesús lo sabía y nos ha abierto el camino, rezando. Nuestra oración por la unidad es así una humilde pero confiada participación en la oración del Señor, quien prometió que toda oración hecha en su nombre será escuchada por el Padre (cf. Jn 15,7). En este punto podemos preguntarnos: “¿Yo rezo por la unidad?”. Es la voluntad de Jesús, pero, si revisamos las intenciones por las que rezamos, probablemente nos demos cuenta de que hemos rezado poco, quizá nunca, por la unidad de los cristianos. Sin embargo, de esta depende la fe en el mundo; el Señor pidió la unidad entre nosotros «para que el mundo crea» (Jn 17,21). El mundo no creerá porque lo convenzamos con buenos argumentos, sino si testimoniamos el amor que nos une y nos hace cercanos a todos». *(S.S. Francisco, Audiencia general, 20 de enero de 2021).*

Meditación

Para que exista una causa común debe haber unidad entre las diferentes partes.

Es extraño que los fariseos acusen a Jesús de trabajar con el mal cuando está haciendo el bien. Jesús vive en perfecta unidad con el Padre y el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, tercera Persona de la Santísima Trinidad, es el Maestro de esta unidad. La unidad es siempre un signo de la presencia del Espíritu Santo. Donde no hay unidad, el Espíritu Santo no está presente. Esta unidad es tan importante que, en la Última Cena donde Jesús revela los pensamientos más profundos de su corazón a sus discípulos, pide esta unidad: “Que todos sean uno”. En Pentecostés, el Espíritu Santo desciende sobre los discípulos porque permanecieron juntos en la unidad, de momento en el mismo lugar, pero unidos en la oración.

Jesús nos invita hoy a vivir la unidad y a escuchar al Espíritu Santo. La unidad en nuestras familias, en el trabajo, con nuestros amigos y con las personas que conocemos hoy. Jesús nos invita a invocar al Espíritu Santo y a preguntarnos si nuestras opciones están a favor o en contra de la unidad.

Oración final

Actúa con esplendor y majestad,
su justicia permanece para siempre.
De sus proezas dejó un memorial.
¡Clemente y compasivo Yahvé! (Sal 111,3-4)

SÁBADO, 12 DE OCTUBRE DE 2024
VIRGEN MARÍA DEL PILAR (F)
No en mis fuerzas

Oración introductoria

Señor Jesús, reconozco que no sé cómo rezar, que la oración no es algo que yo pueda exigirte o controlar. La oración es un regalo que te pido me concedas para hablar como un hijo habla con su Padre bueno.

Señor Jesús, dame la gracia de tener la oración que Tú quieres que yo tenga y de estar contento con eso, porque yo sé que Tú solo quieres lo que es mejor para mí. Espíritu Santo dame un espíritu de hijo para poder hacer esta oración con fruto para mi vida. Amén.

Petición

María, enséñame a cumplir la voluntad de Dios, con el mismo amor y sencillez que tú viviste.

Lectura del primer libro de las Crónicas

(1 Cron. 15, 3-4. 15-16; 16, 1-2)

En aquellos días, David congregó en Jerusalén a todo Israel, para subir el Arca del Señor al lugar que le había preparado. Reunió también a los hijos de Aarón y a los levitas. Luego los levitas levantaron el Arca de Dios tal como había mandado Moisés por orden del Señor: apoyando los varales sobre sus hombros. David mandó a los jefes de los levitas emplazar a los cantores de sus familias con instrumentos musicales - arpas, cítaras y platillos - para que los hiciesen resonar, alzando la voz con júbilo. Llevaron el Arca de Dios y la colocaron en

el centro de la tienda que David le había preparado. Ofrecieron holocaustos y sacrificios de comunión de Dios. Cuando David acabó de ofrecerlos, bendijo al pueblo en nombre del Señor.

Salmo (Sal 26, 1. 3. 4. 5)

El Señor me ha coronado, sobre la columna me ha exaltado.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? R.

Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo. R.

Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo. R.

El me protegerá en su tienda el día del peligro; me esconderá en lo escondido de su morada, me alzará sobre la roca. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 27-28)

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a la gente, una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero él dijo: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen».

Releemos el evangelio

Santa Teresa Benedicta de la Cruz

Edith Stein, (1891-1942), carmelita descalza, mártir, copatrona de Europa

La Oración de la Iglesia

“Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen.”

La redención del género humano es una decisión tomada en el silencio eterno de la vida interior de Dios. Y la encarnación del Salvador se realizó en la oscuridad de una casa silenciosa de Nazaret, cuando la fuerza del Espíritu Santo descendió sobre la Virgen silenciosa, solitaria y orante. Luego, reunida entorno a la Virgen silenciosa, (cf Hch 1,14) la Iglesia naciente, en oración, esperaba la nueva efusión del Espíritu que le había sido prometido para darle vida, darle claridad interior, fecundidad y eficacia...

En este diálogo silencioso entre los seres benditos de Dios y su Señor se preparan los acontecimientos de la historia de la Iglesia, visibles de lejos, que renuevan la faz de la tierra (cf Sal 103,30) La Virgen que guardaba todas las cosas dichas por el Señor en su corazón (cf Lc 1,45; 2,19), prefigura a las almas atentas en las que sin cesar renace la oración sacerdotal de Jesús.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El amor misericordioso es por eso, el único camino que hay que recorrer. Cuánta necesidad tenemos todos de ser un poco más misericordiosos, de no hablar mal de los demás, de no juzgar, de no “desplumar” a los demás con las críticas, con las envidias, con los celos. Debemos perdonar, ser misericordiosos, vivir nuestra vida en el amor. Este amor permite a los discípulos de Jesús no perder la identidad recibida por Él, y reconocerse como hijos del mismo Padre. En el amor que ellos practican en la vida se refleja así esa Misericordia

que nunca tendrá fin (cf. 1 Cor 13,1-12). Pero no os olvidéis de esto: misericordia y don; perdón y don. Así el corazón se ensancha, se ensancha el amor. En cambio, el egoísmo, la rabia, empequeñecen el corazón, que se endurece como una piedra. ¿Qué preferís vosotros? ¿Un corazón de piedra o un corazón lleno de amor? Si preferís un corazón lleno de amor, ¡sed misericordiosos!» (S.S. Francisco, *Ángelus*, 21 de septiembre de 2016).

Meditación

Normalmente cuando nos encontramos con este pasaje del Evangelio la primera reflexión que nos viene a la mente es: felices los que escuchan y cumplen la Palabra de Dios. Es decir, sería una llamada de Jesús a cumplir lo que Dios nos pide en el Evangelio.

Sin embargo, creo que tenemos que enfatizar un aspecto diverso, que además vemos claramente en la Santísima Virgen María, a quien van dirigidas estas palabras. Escuchar la palabra de Dios y cumplirla está a nuestro alcance, pero no es sencillo. La palabra de Dios nos propone un ideal de santidad muy alto, ser como Jesucristo, es decir, hijos perfectos del Padre. Esto no es posible lograrlo con nuestro esfuerzo humano, somos seres limitados y heridos por el pecado. Pero para Dios no hay nada imposible. La Virgen María es una criatura hermosa, una hija perfecta de Dios porque Dios mismo la preservó del pecado original. Dicho de otro modo, la belleza que vemos en la Virgen no es obra de su esfuerzo personal, sino de su apertura y docilidad a la gracia de Dios.

El Evangelio de hoy nos invita a darnos cuenta de que nosotros únicamente con nuestras fuerzas no podemos ni oír ni cumplir la palabra de Dios en plenitud. Esto es un regalo de Dios que debemos pedirle con humildad, y debemos estar abiertos a recibirlo. Como diría San Ignacio, debemos esforzarnos y trabajar como si todo

dependiera de nosotros (aunque sabemos que no) y pedir a Dios sabiendo que todo depende de Él, que todo es don y gracia con la que Dios nos pide simplemente colaborar.

Oración final

¡Cantadle, tañed para él,
recitad todas sus maravillas;
gloriaos en su santo nombre,
se alegren los que buscan a Yahvé! (Sal 105,2-3)